

CAPITULO IV.

DE LO QUE HIZO DOÑA JUANA NUÑEZ DE LARA CON UNA RATA
Y UN PÁJARO.

I.

Habia en el campo real cuando entró Zancudo, una grande animacion.

Salieron algunos ginetes, portadores sin duda de órdenes, que se dirigieron á los distintos campos que cercaban la villa de Paredes.

En los que estaban contenidos en la cava y estacada del campo real, se armaban los ginetes, y alrededor de las barracas del rey y de la reina, se cargaban las acémilas y se veian muchas literas.

Al pasar junto á la barraca de la reina Zancudo, entraba en ella, armado de todas armas, el infante don Enrique.

Sus escuderos tenian cerca de la tienda su caballo de batalla, y junto al caballo, se veian dos pajes, armados tambien, teniendo uno la lanza, el otro el escudo del infante.

—Pues esto es que nos vamos, dijo Zancudo, y puede ser

que no tenga tiempo de hablar con doña Juana: sin embargo, lo veremos.

Y adelantando, llegó á la barraca de doña Juana Nuñez de Lara.

Allí se notaba también un gran movimiento.

Los criados cargaban en acémilas, arcas, cofres, tapices, muebles. Había preparadas seis literas. Una infinitamente mas lujosa que las otras, destinada sin duda á doña Juana, y sostenida por mulas blancas.

Las otras, mucho mas modestas, de cuero de su color, claveado, estaban sin duda destinadas á las doncellas.

En cada una cabían dos.

Al ir á entrar Zancudo, se dió un tropezón con uno que salía, y que soltó un redondo voto.

Reparólo Zancudo, y se encontró con el paje rubio, que llevaba en la cabeza un casco de hierro empavonado y con muchas plumas, un medio camisote de mallas, una cota de armas con las de la casa de Lara bordadas, y botas altas de gamuza, amen de un espadón que llevaba en la cintura.

II.

—¡Ah, señor Damian! exclamó Zancudo asiendo por los mollos de los brazos al paje, y levantándole del suelo como en muestra de cariño, con la misma facilidad con que hubiera levantado un monigote de paja; me venís como llovido del cielo.

—Me alegro, don Melchor, dijo Damian, pero soltadme, que con esas manazas que teneis, me estais lastimando los brazos, y no me gusta estar en vilo.

Zancudo dejó al paje en el suelo, soltando una ruidosa carcajada.

—Y vaya si teneis fuerza, dijo Damian; apuesto á que os tragais vos solo tres raciones de hombre de armas.

—Y lo que sobreviene entre comida y comida, Damiñcillo;

pero no se trata ahora de esto, sino de que necesito ver á la señora: ¿es esto posible?

—Para vos es siempre posible ver á mi ama; se os espera siempre, y á mas de eso, hay aquí una personilla que á cada paso habla de vos.

—Pues metedme allá dentro, adonde vuestra señora esté.

—Pues llegais á tiempo, dijo el paje penetrando en la barraca, porque ya han acabado de vestirla sus doncellas; como que dentro de una hora nos largamos.

—¿Y adónde, Damian? Que vos debeis saberlo, dijo Zancudo.

—De aquí á Palencia y de Palencia á Valladolid, donde esperaremos á que se reunan los concejos de todo el reino.

—¡Bah! eso ya lo sabia yo; ¡mal rayo! y cuando estaba ya tan madura la villa, que se iba abriendo para entregarse: ¡permita Dios que al que tiene la culpa de todo esto, le mate un torozón!

—Esperad un momento, dijo Damian, que voy á avisar á la señora de que estais aquí.

Y se entró por una puerta inmediata.

III.

A poco salió, y dijo á Zancudo:

—Entrad.

Entró, y se encontró en un pequeño departamento ya casi desguarnecido, donde estaba doña Juana, hermosísima siempre, y vestida con un esquisito gusto y una gran riqueza.

Un chal de la India blanco con pintas azules, envolvía su cabeza, á la manera de las tocas árabes; dos grandes trenzas color de oro recogidas hácia atrás, corrían á lo largo de sus mejillas; un collar de coral rosa, hacia resaltar la blancura de su garganta; un albornoz ancho color de hoja seca, de una tela de seda labrada muy gruesa y muy suelta, tejida en el Albaicín

de Granada, con briscaduras y adornos de oro, y bajo esto, una túnica de seda azul del mismo género con adornos de plata y ancha orla jaquelada de rojo y negro, constituían su traje.

IV.

—Bien venido seais, don Melchor, dijo con indolencia; ¿qué me quereis?

—Nada os quiero, señora, si no que os traigo algo que vuesa merced quiere.

—¿Y qué es ello, don Melchor?

Zancudo, mirando antes con recelo si había alguien que pudiese verle, sacó de su escarcela los dos pomos de vidrio, y los mostró á doña Juana.

La palidez de esta aumentó, y miró con ánsia los dos pomos.

—¿Y qué es eso? dijo.

—Esto, señora, contestó Zancudo mostrando en la mano derecha á doña Juana el pomo, cuyo contenido era incoloro, es zumo de acónito.

—¿Y para qué sirve esto?

—Para matar ratas.

—¡Ah! sí, son unos bichos muy incómodos, dijo doña Juana, y los hay en todas partes; yo creí que me comían; es muy incómoda la vida de los campamentos.

—Es verdad, señora, es verdad; hay en este mundo ratas tales, que no se las puede resistir.

—¿Y cómo se les da esto á las ratas, don Melchor?

—Si las ratas bebiesen vino sería muy cómodo, porque con echar en el vino que han de beber lo que contiene este botecillo, punto concluido, se les pararía el corazón y se irían á la eternidad, pero como las ratas no beben vino.....

—Bien, bien, dijo con impaciencia doña Juana, se les pone agua con miel en un dornajo, y se les echa esto, dádme.

—Tome vuesa merced.....

Doña Juana se guardó el pomo entre su ropa.

—¿Y eso otro qué es?

—Esto otro, esto otro sirve para cazar pájaros.

—¿Eh! ¿para cazar pájaros?

—Sí señora; esto se echa en un agua de olor de las que vienen de Africa ó con zumo de rosa ó de romero ó de jazmin; se rocía con ello un mirador y una estancia, y el pájaro que llega y lo huele, se mete dentro, enamorado de la persona que ha rociado el agua de olor; y es mas, la persona que esto huelo se enamora de la persona que con voluntad de ser querida le ha dado esta agua.

—Dadme, Zancudo, dadme, me gustan mucho los pájaros.

—Yo, señora, me los como fritos por docenas.

—¿Y quién os ha dado esto, don Melchor?

—Mi médico, astrólogo y saludador, Diego de Moron, á quien le vi manipulando esto, y le pregunté para quién lo hacía, y me dijo, que vuesa merced tenía mucho miedo á las ratas, que amaba mucho á los pájaros, y que estaba haciendo esto para vuesa merced: pero como es corto de genio y se aturde delante de las altas personas, le costaba trabajo venir; por lo que he venido yo, que me alegro de tener ocasion de ver á vuesa merced.

—Yo tambien me alegro mucho de veros, don Melchor, me habeis servido bien y espero que me seguireis sirviendo á maravilla; ya sé, ya sé que quisisteis ir á tomar un castillo para tener algo de señorío, y que no os dejó vuestro capitán; pero yo haré de modo que dentro de poco os dejen ir sobre el castillo rebelado que mejor os plazca, y os daré lanzas y peones y *cabritas* y *gatas* y los ingenios que hayais menester para tomarle.

—¡Ah, señora! exclamó Zancudo, vos sois mi ángel tutelar.

—Os estimo y estimo mucho á Cinta, y tened en cuenta que no os la doy por mujer hasta que seais caballero de señorío, que la estimo yo mucho: con que, id, id con Dios, y por memoria mia tomad, y guardadlo para cuando os caseis con Cinta.

Y se quitó el collar de corales de que pendían una patena y un *agnus dei* con piedras preciosas, y lo dió á Zancudo.

—¡Ah, señora! toda mi sangre es poca para vos, dijo Zancudo, guardando en su escarcela la rica joya.

—Id, id, y no digais á nadie que me asustan las ratas, ni que me gustan los pájaros.

Zancudo salió murmurando:

—¿Pues no era menester aballestear á mi capitán ó echarle con una catapulta dentro de una villa por el delito de no amar á este ángel de Dios?

Y se salió de la barraca y despues del campo real, y á poco estuvo en el campo de Zayda Fatima, en el que encontró á todo el mundo armándose y cargando las acémilas.

Allí se habia recibido la orden de levantar el campo.

Se abatian las tiendas de los dos capitanes, y ya por un extremo se empezaba á poner fuego á las barracas, como se hacia siempre que se levantaba un campo, para que no le aprovechase el enemigo.

V.

Empezaba á oscurecer, y allá á lo lejos brillaban los incendios de los pequeños campos de ricos hombres y mesnaderos, que por ser poca la gente que tenia que armarse y poco el bagaje, estaban ya en orden de marcha.

Solo el campo real permanecia oscuro.

Zancudo se metió en su barraca, hizo que su paje le armase, y envió á su escudero por los caballos.

Cuando estuvo armado, fué á presentarse á Zayda Fatima.

Estaba esta junto al caballero Sin nombre, hablando con él calorosamente en voz baja, y rodeada de los cabos superiores de la compañía.

Tenia puesto el antifaz, como siempre que se presentaba á sus soldados.

El conde don Lope tenia tambien su antifaz de hierro.

Zancudo esperó á que Zayda Fatima concluyese su conversacion con el conde.

VI.

Esta conversacion era demasiado grave.

—La reina me manda, decia Zayda Fatima, que vaya escoltándola junto á su litera, con cien lanzas de la compañía; esto quiere decir que la reina recela una traicion, y sé que con otras cien lanzas irá él, escoltando tambien á la reina y al rey. ¡Ah! ¡no tengo valor, mi buen padre, no tengo valor! esta faena varonil en que hace tanto tiempo estoy metida, no ha cambiado mi corazon de mujer. ¡Ah! no, no, el caballero del Aguila Roja es siempre la pobre María de Granada; estoy temblando, padre mio, no me abandoneis; el tiempo, la ausencia, han aumentado mi amor, y este amor es maldito: él es un hombre casado, y yo, consagrada por mi padre á Dios, al convertirme á la religion verdadera, he confirmado mi voto. ¡Ah! si la reina, si el rey no estuviesen en peligro, yo me iria á acabar de pasar mi vida al monasterio de las Huelgas de Valladolid.

—Ahora menos que nunca, exclamó el conde; tenemos al traidor en casa, al peor de los traidores, al infante don Enrique, y preveo infames asechanzas, grandes peligros: ahora mas que nunca debemos velar por el rey y por la reina: ya veis, estábamos á punto de tomar la villa, y ese miserable ha venido á estorbarlo; pero no es la culpa toda suya, sino de mis desleales hermanos don Diego y don Juan Alfonso, vergüenza de mi apellido: para estos hombres no hay mas que dinero y dinero, mercedes y mas mercedes. ¡Ah! me van dando tentaciones de arrojar el antifaz, de decir: hé aquí el que habeis creido muerto en Alvaro, hé aquí el señor de vuestra casa; dadme mi señorío de Vizcaya, que siendo mio servirá para defender la razon y la justicia.

—¡Ah! no, no, continuemos entrambos fieles á nuestros votos, conde; temamos á Dios y fortalezcámonos mutuamente para